



CAPÍTULO XXIV

En el que continúa la historia de Irene

¡Qué cierto es que los hombres miserables y siempre dependientes de los altos decretos, apenas podemos disponer con seguridad del instante presente, pues los futuros ya no penden absolutamente de nuestro arbitrio! Es muy poco avisado, á mi entender, el hombre que con

una loca arrogancia dice: — Mañana haré esto, emprenderé tal cosa, sin añadir estas palabras: «si Dios quiere,» — porque es necesario contar con esa soberana voluntad para todas nuestras operaciones.

Cuando Welster hablaba con mi tutor acerca de poner á Irene en el convento, ¡qué ajeno estaba de que á esa misma hora la estaban sacando de su casa! Así fué.

Él á la tarde volvió á la del coronel, acompañado del señor Labín, y lleno de cólera le dijo:

— ¿Qué le parece á usted, señor coronel, no hemos quedado bien lucidos? Cuando estuve acá esta mañana fué el pícaro de don Lucas á casa, y con la mayor tropelía se sacó á Irene, auxiliado de cuatro soldados y un cabo, y por más que Carlota se opuso, no fué posible resistir á la fuerza. Lo que más siento es que ni conozco á ese padre infame, ni sé dónde vive, pues si así fuera, ¡juro á Dios que había de saber quién era Jacobo Welster!

— Envaine usted, señor Carranza, le decía con mucha gracia el señor Labín, envaine usted y no se precipite. ¿Qué le importa á usted que sea un grosero el tal don Lucas? en eso él se agravia y no á usted. Si hubiera ido á casa de usted y en su presencia él solo hubiera sacado á Irene, entonces habría hecho mal; pero á lo menos se acreditaría de osado y habría manifestado que no tenía ni atención ni miedo; pero ir con cinco

soldados y cuando tú no estabas en casa, prueba que temió, y este temor te debe servir de gran satisfacción.

El coronel y doña Matilde apoyaron el discurso del señor Labín, y se sosegó Welster un poco. Mudaron conversación, y entre otras cosas preguntó Labín al coronel si había de ir al teatro á la noche, porque le aseguraban que la comedia era muy buena.

Pudenciana se empeñó para que su papá la llevara al coliseo; éste se informó de la comedia que representaban, y habiendo sabido que era *La Misantrópia*, le dijo:

— Sí, te llevaré, porque puntualmente es una pieza dramática que deben ver las mujeres. Su moralidad consiste en manifestar al alma los remordimientos, aflicciones y sustos que sufre una mujer noble cuando ha tenido la desgracia de ser infiel á un marido honrado y amoroso. A esta comedia te llevaré de buena gana y á otras como ella. Por ejemplo, á la que se titula *El Amor filial*, á la *Andrómaca*, al *Hombre agradecido*, á la *Reconciliación*, á otra que se titula *Si la mujer es prudente, domina y vence al marido*, y á otras como éstas; pero no te llevaré á aquellas que, á más de oponerse al buen gusto del día, corrompen las costumbres abiertamente, enseñando á las mujeres, especialmente á las jóvenes incautas, cosas que jamás debían saber; como, por ejemplo los artificios y enredos que muchas damas de comedia

usan para burlar la vigilancia de los padres y maridos cuando tratan de complacer á sus amantes.

Tales lecciones las aprenden las muchachas muy bien en las comedias tituladas: *Casa de dos puertas, no es muy fácil de guardar; De fuera vendrá quien de tu casa te echará; Guardar una mujer no puede ser*, y otras así, que fuera muy útil que no se representaran jamás en nuestros teatros.

Aun aquellas comedias que no dañan sino al buen gusto debían desterrarse por insípidas, inverosímiles y fantásticas. Ya ustedes conocerán que hablo de las comedias mágicas, que vulgarmente llaman los empresarios *de pueblo*. Esto es, aquellas que todo su asunto consiste en hechos maravillosos y que están fuera del orden natural, increíbles y que inducen á la superstición. Sean ejemplos: *El Mágico de Cerván, Juana la Rabicortona, El Mágico de Salerno, La Fuente de la Judía* y otras muchas. Estas comedias, si no se van á ver para gustar de la destreza de los mozos que sirven las tramoyas ó de la habilidad del autor de las perspectivas, no tienen otro mérito porque verse. En ellas no se halla asunto digno, ilación regular, genio poético, ilusión, reglas cómicas, moral ni gracia alguna que ilustre el entendimiento, ni mueva la voluntad á acciones nobles y virtuosas. Todas son fruslerías, extravagancias, desaliños, trampantojos, y para decirlo de una vez, ridiculeces y títeres, más pro-

pios para divertir muchachos que para hacer perder el tiempo á muchas gentes que parecen juiciosas é instruídas.

Es verdad que contra esto me responderían los empresarios ó asentistas que ellos tratan de sacar con ventajas el dinero que han invertido en la *empresa*; que tienen una larga experiencia por sí y por sus antecesores de que esta clase de comedias agradan al público y con ellas se llena el coliseo, aunque sean ocho noches continuas, como se ha visto, y que según esto, es preciso sacar la utilidad de estas comedias, y tener esperanza en ellas mejor que en las *de asunto*, pues á la comedia *Del Diluvio*, que es un diluvio de disparates, van más gentes que á la de *La Misantropía*. Esto prueba, dirán, que semejantes comedias son más gratas al vulgo que las que se presentan arregladas al arte, y entonces alegrarán con Lope de Vega, que «puesto que el vulgo las paga, es justo hablarle en necio para darle gusto.»

Pero don Tomás de Iriarte ya dió por tierra con esta especiosa disculpa cuando dijo: «Que al pueblo si le dan paja, come paja; pero en dándole grano, come grano.» Trátese en el teatro de pintar las pasiones con viveza; de enseñar el modo de moderarlas; de divertir con provecho á los espectadores; de corregir y de mover rectamente el corazón, y se verá que el pueblo concurre á ellas con más ansia que á la de títeres.

— Eso pienso que es difícil, decía Matilde; ¿no ves cómo se atropella la gente en las comedias de *Sansón*, del *Bruto de Babilonia* y otras semejantes, especialmente las mujeres, de modo que en muchas de ellas se quedan los hombres sin cazuela porque aquéllas no caben? Conque ¿cómo habían de dejar de verlas, ni cómo las habían de posponer á *La Misanropía*, ni á ninguna de esas otras que se llaman de capa y espada ó de argumento?

— ¿Sabes cómo, hija? con que se desterraran del teatro las comedias de títeres y las que pueden corromper las costumbres. El pueblo siempre anhela por diversiones en las ciudades populosas, y asiste á las que hay, sean las que fueren. Luego, si sólo se proporcionasen diversiones útiles, asistiría á ellas lo mismo que á las frívolas, y poco á poco iría perdiendo la afición al mal gusto; porque hemos de estar en que la gente idiota siempre es amiga de la novedad, y como perciba algo de maravilloso en lo que ve, aunque la engañen con patrañas. Un trozo moral del *Otelo*, un retazo crítico de *El Café*, no vale tanto para el necio como ver volar una ninfa ó salir un sin fin de diablillos de una caja. Eso es muy material, provoca la risa y no necesita más que ojos para comprender su primor. Esta es la causa porque tienen semejantes comediones más espectadores y aplausos; pero quítensele al pueblo estos objetos materiales y ridículos, acostúmbresele á que juzgue de las comedias

con la razón y no con los ojos, y á poco tiempo de esta rutina, yo pongo mi cabeza á que silba una comedia de maravillas.

— Pero oye, decía doña Matilde; tú has dicho que la gente idiota es amiga de novedades y prodigios, y yo veo que á la *Genoveva* van muchísimas personas decentes. ¡Vaya! ¡si se llenan las bancas y los palcos, lo mismo que la cazuela y el mosquete! ¿Qué diré yo, sino que á las gentes decentes les agradan las tramoyas, los vuelos y las ficciones, lo mismo que á las gentes vulgares?

— En verdad que tu observación es urgente, decía el coronel, y á no admitir una pura excepción, probaría que tan vulgar es aquí la gente distinguida como la plebeya, pues toda concurre con igual ansia á esos despilfarrados espectáculos; pero no es así, pues aunque van á tales comedias muchas gentes de buen nacimiento y buena ropa, esto no prueba que no sean vulgares, y tanto como el último mosquetero. El nacimiento, la ropa, y aun los destinos, no dan una migaja de ilustración al que no la tiene, y de consiguiente, el que piensa como el vulgo y el que se divierte como el vulgo es vulgar, aunque se vista ó se llame como quiera. De que se deduce, que habiendo en todo el mundo vulgo rico y vulgo pobre, vulgo decente y trapiento, no se debe extrañar que á estos comediones de pueblo con-